

Liguismo y postliguismo

Pier Paolo Poggio

El liguismo italiano nace a finales de los años setenta: simultáneamente, y relacionados entre sí, surgen en el Piamonte, el Véneto y Lombardía pequeños grupos que remachan la valorización de las peculiaridades culturales e históricas de los pueblos de estas regiones del norte, ignoradas por la cultura oficial dominante. Resulta explícita la referencia a análogos movimientos regionalistas europeos de base étnica (bretones y flamencos, occitanos y vascos, etc.).

En Italia la elaboración cultural y política de la etnia, aparte el caso en sí de las poblaciones alemanas del Alto Adigio, era sobre todo patrimonio de los francófonos del Valle de Aosta y del sardismo. Falta en cambio en las otras regiones italianas una tradición etnofederalista de cierta consistencia. E incluso hablar de pueblo piamontés o *ligur*, lombardo o véneto, semejaba una extravagancia sin la menor base histórico-cultural, con respecto a la cual hasta la técnica de «invención de la tradición» giraba en el vacío.

Al margen del tema seguramente importante, aunque ajeno a la cultura *liguista*, de un renacimiento del localismo como la otra cara del cosmopolitismo, el engarce de las Ligas con su primer trasfondo social se produjo insistiendo sobre algunos elementos culturales muy presentes en el subsuelo de la sociedad italiana: ante todo el antimeridionalismo que, conjugado con el productivismo, alimentaba una genérica carga antiestatal y la intolerancia frente a las figuras sociales improductivas (políticos, sindicalistas, intelectuales).

Se trataba, por lo demás, de una constelación estática de valores positivos y negativos que nunca había producido fenómenos significativos. Por ello los observadores, pese al crecimiento delliguismo y sus éxitos electorales a partir de las elecciones de 1989, siguieron considerándolo un fenómeno superficial, destinado a ser reabsorbido, como había ocurrido en la segunda postguerra con el movimiento de *L'Uomo Qualunque* (y se subrayaban sobre todo los aspectos «cualunquistas» de las Ligas).

La consolidación de la Liga Lombarda, la primera que operó un auténtico rompimiento electoral, consiguiendo imponer su hegemonía y la de su líder Umberto Bossi a todo el movimiento, hubiera debido poner en guardia ante los profundos procesos que estaban en marcha, capaces de llevar al liguismo, unificado entre tanto bajo la etiqueta de Liga Norte, mucho más allá de las metas al alcance de unas agrupaciones políticas carentes de raíces.

Los mismos contenidos sobre los que la Liga hacía cada vez mayor hincapié eran señales concretas de la intensa relación que se estaba instaurando con vastas capas sociales de la Italia septentrional: se mantenía el planteamiento étnico, para canalizar el racismo popular suscitado por la emigración extracomunitaria, y el programa liguista preveía como objetivo final la consecución del «federalismo integral», pero se insistía crecientemente en el «cimiento económico», en las reivindicaciones fiscales, en las peticiones de desmantelamiento del Estado social-asistencial, en la desregulación, en una palabra, en el evangelio del liberalismo económico, para dar impulso, confianza y hegemonía política a las fuerzas sanas y competitivas, concentradas en el norte del país.

Los economistas nos dicen que el mercado no es ausencia de reglas, muy al contrario, «el mercado es un complejo producto jurídico institucional» (P. Sylos Labini), y por ende, resultado de un proceso histórico que halla su síntesis, siempre provisional, en la producción de leyes por el Estado. Así las cosas, resulta mucho más urgente comprender por qué en nuestro país se ha afianzado, hasta ser cultural y políticamente hegemónica, una concepción acrítica y «naturalista» del mercado ¹, capaz de alimentar un vasto consenso social en torno

¹ La declaración de Bossi (el 5 de enero de 1994) en el proceso Cusani es especialmente interesante para comprobar la total mercantilización de las relaciones sociales en el imaginario colectivo. La relación con el empresario Sama se concibe como una relación entre empresas: la empresa Liga no tiene nada que reprocharse, puesto

a fórmulas absolutamente huecas, a las que se confía la esperanza de una recuperación del empleo más que de la moralidad pública o de las capacidades de Gobierno. La única explicación posible es que en el curso de los quince últimos años se ha producido un alejamiento creciente entre la esfera político-institucional y los movimientos moleculares que acaecían en una sociedad cada vez más despolitizada.

En suma, para entender el liguismo, su arraigo social y su propia ideología era preciso saber ver las transformaciones ocurridas en la sociedad italiana: del tejido productivo a la composición de clase, de la crisis de las pertenencias y las identidades comunitarias a las nuevas constelaciones de valores que se estaban imponiendo, hasta dar cuerpo a una especie de mutación antropológica. Pero no resultaba menos indispensable contextualizar el análisis, interpretar los efectos «locales», empíricos, de los procesos generales, identificar las respuestas específicas y aprehender una dinámica. La sociología y la teoría política no se mostraron a la altura de esta tarea, pues habían abandonado tiempo atrás la observación de las transformaciones sociales.

Al margen de los resultados, poquísimos italianos consideraron su deber empeñarse a fondo en el estudio delliguismo y de lo que a través de éste estaba saliendo a la luz; hubo como un sueño hipnótico, un intento de no contar con la realidad y con nosotros mismos. No se pretende aquí sintetizar un análisis y un debate que no han existido, sólo proporcionar algunos elementos de un trabajo posible para una historiografía no menos contumaz que las otras ciencias sociales.

El arraigo del liguismo tiene una concreta fisonomía territorial, afectando en primer lugar a la franja al pie de los montes que cubren de oeste a este las provincias de Novara, Varese, Como, Bérgamo, Brescia, Verona y Vicenza, para llegar hasta Trieste (primer caso en que una lista electoral proliguista obtiene un amplio consenso). Son los territorios donde se ha desplegado todo el ciclo de la industrialización italiana desde el siglo pasado a hoy, son las áreas preferidas de la pequeña y mediana industria, donde el movimiento obrero socialista nunca logró imponerse políticamente, son ciudades y valles donde el industrialismo se ha conjugado con la prolongada hegemonía de la cultura católica.

que se ha efectuado un intercambio, un negocio, un *business* (literal) con la empresa Ferruzzi-Montedison. Lo que hay que cambiar son más bien las normas de financiación de los partidos, para adecuarlas a los comportamientos difundidos, los cuales son legítimos porque se inspiran, cabalmente, en la lógica empresarial.

Las Ligas se instalan en estos territorios en el momento en que el modelo político y social de la gran fábrica entra en crisis, mientras que salen ganadores, ante todo en el plano económico, la fábrica difusa, los distritos industriales, los sistemas territoriales de empresas; un modelo de integración social y productiva que tiende a sofocar y expulsar el conflicto de su interior para proyectarlo al exterior, donde se sitúan los adversarios, los competidores, los distintos, los enemigos.

El liguismo recoge algunos elementos sustentantes de la cultura local, industrialista y católica, pero los radicaliza aprovechando la tendencia de largo plazo a la secularización. Suprimiendo todo rasgo de conflictividad de clase y alimentando, no obstante, el conflicto con el exterior (contra Roma, contra el sur, contra el Estado centralista y contra todos los parásitos que chupan la riqueza producida por el norte), la Liga consigue el objetivo nunca alcanzado por los partidos de izquierda: desarticular la hegemonía católica y desplazar hacia posiciones laicas a grandes masas de electores, y en primer lugar a los jóvenes.

Para obtener este resultado no ha sido necesario desplegar el menor proyecto político; al contrario, el éxito de la Liga ha dependido de su capacidad para meterse en los repliegues de la sociedad. La Liga es el traje político de una sociedad que ha salido al descubierto, desgarrando los viejos mantos político-ideológicos.

La derrota y el agotamiento del largo ciclo de luchas sociales de los años sesenta y setenta abrieron las puertas a la difusión generalizada en la sociedad de los «espíritus animales» del capitalismo. El Estado y las instituciones, los partidos políticos y los sindicatos, las grandes empresas industriales y los bancos se aglutinaban entre sí en un bloque clientelar y burocrático, tan opresivo cuanto incapaz de conseguir una verdadera hegemonía y un consenso adecuado para la consolidación del liderazgo político dominante, encarnado por el neosocialista Bettino Craxi.

El consenso se compró más bien mediante la dilatación ilimitada de la deuda pública y llamando a la población, a las familias, a participar en el gran saqueo en nombre de la salvación del Estado. De tal modo los «pequeños ciudadanos», cómplices y víctimas de la estafa en perjuicio de las generaciones futuras, acumularon rabia y rencor hacia los dueños del Estado y las finanzas y comenzaron a bus-

car una fuerza política que expresase su resentimiento: así nació el encuentro entre los ahorradores lombardos y la Liga 2.

Este es el escenario de los años ochenta, emergido luego con las diligencias judiciales de «Tangentópolis», diligencias que, por lo demás, no afectaron seriamente a las articulaciones más delicadas.

a) Relaciones orgánicas entre criminalidad, fuerzas políticas e instituciones estatales.

b) Utilización de las matanzas, de las organizaciones secretas, de las amenazas de «golpe» como armas de gobierno de la sociedad.

Mientras iban envenenándose cada vez más las estructuras institucionales, las articulaciones administrativas, las formas partidistas, importantes sectores de la sociedad se alejaban de la política, comprometiéndose en ciertos casos con lo social pero más a menudo abrazando más concreta y masivamente, como único horizonte vital, el éxito económico, conseguido a cualquier precio. El binomio trabajo-consumo, ya sin la menor tensión emancipadora, se convierte en la única religión en todas las zonas del país donde existen premisas históricas, recursos económicos y profesionales y motivaciones culturales para una opción empresarial. La economía difusa, con varias tipologías, a menudo sobre bases familiares, con frecuencia en los límites de la «economía sumergida», siempre en pugna con el fisco, demuestra una fuerte y salvaje vitalidad; en gran parte del norte, en algunas áreas del centro, miríadas de pequeñas empresas se abren, se cierran, renacen, mientras se consolidan en particular las medianas empresas.

Es un colosal proceso sólo estudiado en parte, es todo el ciclo del postfordismo a la italiana que se despliega en los quince últimos años sobre la onda de la reestructuración, del nuevo modo técnico de producir, gracias a la electrónica, en paralelo a los procesos de desindustrialización que afectan a la vieja geografía industrial de la península.

El desarrollo caótico de la pequeña y mediana industria, con el crecimiento del terciario y de la gran distribución comercial, se produjo al margen de toda política de planificación industrial y de ges-

2 El ex ideólogo liguista Miglio ve en los «pequeños ciudadanos» la dase sustentante de la República: «persiguen su propio provecho, tratan de no pagar impuestos y de engañar al prójimo. Pero son ellos, los pequeños ciudadanos, la fuerza que tira del país: ahorran, acumulan, depositan sus ahorros en los bancos» (en *L'Espresso* del 29 de agosto de 1993).

tión del territorio, en una relación de intercambio continuado con la clase política, instalada parasitariamente en las articulaciones de los flujos financieros públicos.

Este es el caldo de cultivo del liguismo, el trasfondo económico y social donde se forja la mentalidad, la constelación de valores, tan arraigados como entecos, con los que se identifican los militantes y simpatizantes de la Liga, resumibles en el éxito económico. No menos importantes son los valores negativos y quienes los encarnan, los «enemigos» del pueblo liguista: funcionarios públicos, intelectuales, meridionales, marginales, extracomunitarios, políticos y, en cualquier caso, dentro de estas categorías, todos los que no-trabajan, no-producen, los «parásitos».

Se realiza así una fuerte amalgama entre modelo productivo y modelo cultural, y se trata de un proceso que alcanza a capas profundas mucho más allá del ciclo de los años ochenta, también decisivo por su plena explicación y visibilidad. Pero lo que vivía soterrado en las subculturas de la segunda postguerra, principalmente en la católica y la comunista, en la pasada década gana autonomía y toma impulso: el *super ego* ideológico es arrinconado, caen los viejos arcos y la nueva composición de clase halla en la Liga Norte el instrumento con que expresarse, si no el lugar donde juntarse.

En este ámbito no hay que infravalorar el impacto producido por el derrumbamiento del sistema soviético, que funciona seguramente como poderoso acelerador de una dinámica ya en marcha y que no puede desde luego entenderse limitándose al escenario italiano. Es preciso tener como referencia el sistema político internacional e indagar en los procesos contemporáneos de debilitamiento de los Estados nacionales, con la aparición de variopintos impulsos «neofederalistas» y, por el contrario, con fenómenos de re-nacionalización fruto de la incapacidad para encontrar ordenamientos postnacionales estables.

En este escenario en rápido movimiento, el caso italiano tiene su originalidad, aunque parezca exagerado presentarlo como un laboratorio donde se hacen experimentos utilizables en otros contextos. En cualquier caso, el análisis de la parábola recorrida por la Liga Norte es un paso indispensable para descifrar las potencialidades y contenidos de la transformación en marcha.

Con los años noventa, el movimiento liguista desarrolla plenamente sus potencialidades y apunta con decisión a gestionar direc-

tamente el poder, meta que parece haber conseguido con las elecciones del 27-28 de marzo de 1994. Pese a los continuos ajustes de tiro y a la elección de una línea radicalmente posibilista, con la aspiración de estar por encima de la derecha y la izquierda, la Liga Norte ha mantenido una coherencia que hace plausible su pretensión totalitaria de ser un reflejo de la sociedad o bien, en el lenguaje liguista, de las aspiraciones de los «pueblos del norte», con el corolario de que quien no comparta sus posturas y objetivos está al margen del pueblo, es extranjero en su patria, con todas las posibles consecuencias, ya históricamente verificadas aun cuando nada impida inventar nuevas variantes.

Es realmente extraordinario que la cultura de izquierdas italiana, en su mayoría arribada casi totalmente a playas liberaldemócratas, no haya captado este punto crucial después de infinita palabrería sobre la «ciudadanía», los «derechos», el «pluralismo» y la «diferencia». Todavía hoy suele verse a la Liga Norte como una fuerza de progreso, más aún, como la única esperanza de la izquierda para romper el bloque reaccionario que ganó las elecciones (¡con la aportación decisiva de la Liga!).

Los éxitos liguistas preocuparon en cambio casi de inmediato a la Iglesia católica, que durante mucho tiempo fue la única fuerza organizada que trató de contrarrestar el avance de las Ligas (después amalgamadas en la Liga Norte, excepto agrupaciones marginales). La Iglesia, pese a disponer de un formidable aparato, fue derrotada rápidamente, y esto es señal del arraigo y la fuerza delliguismo (con los límites que señalaremos). Actualmente la jerarquía católica parece apostar más bien por el movimiento «Forza Italia», apreciando su posición centrista y su amplio compromiso con la vieja clase política.

En cualquier caso, durante algunos años la Iglesia entabló una especie de pulso con el liguismo, contraponiendo incluso los valores originarios del mensaje evangélico al egoísmo, la intolerancia y el materialismo de los seguidores de Bossi. Tal comportamiento ha de considerarse totalmente extraordinario por quien conozca el *modus operandi* de la Iglesia católica italiana. Para entenderlo hay que tener en cuenta al menos dos factores. El primero es que gracias a sus terminales sociales y territoriales la Iglesia advirtió mucho antes que los partidos políticos, dedicados a saquear los recursos públicos, el asentamiento capilar y el crecimiento desde abajo del liguismo, con los cuales se entrelazaba el derrumbamiento de la credibilidad de los par-

tidos, incluida la Democracia Cristiana (hasta ese momento, y también por voluntad de la Iglesia, partido único de los católicos). El segundo dato a considerar es que la Liga cosechaba crecientes éxitos hasta conquistar la mayoría absoluta, sobre todo en las áreas del país, como Lombardía y el Véneto, donde la Iglesia católica tenía desde siempre sus plazas fuertes (papas y obispos, dirigentes políticos y sindicales, etc.).

Las regiones económicamente más ricas, con las empresas más competitivas, proyectadas en los mercados internacionales, más dispuestas a aprovechar las oportunidades surgidas en el este, eran las más duramente infestadas por el movimiento protestatario que insistía en ensalzar un estilo de vida que la Iglesia siempre había cultivado y apoyado: el bienestar económico, la acumulación familiar, el consumo de lujo, como bienes tangibles, resultados concretos que contraponer a las tentaciones ideológicas. La Iglesia, a través del partido católico, caído en manos de factótum que competían con los seguidores de Craxi, había alimentado un proceso de secularización que ahora se volvía contra ella.

De ahí el intento de bloquear el liguismo, que estaba demoliendo a la DC con el uso de «armas impropias»: citas evangélicas, exaltación de la solidaridad, llamamientos contra el racismo, etc... En vista de que no lograba reconvertir a sus fieles, en gran parte tibios «conformistas» más que creyentes, ni salvar a la DC y parar a la Liga, la Iglesia católica cambió de táctica, eludiendo cuidadosamente el choque frontal y tratando de valorizar en los planteamientos liguistas lo que podía entrar en las coordenadas, elásticas, de su doctrina. Operación tanto más necesaria porque en el interior de la Liga Norte se iba organizando un fuerte componente católico, al margen de las fanfarronadas de Bossi sobre la Liga, como nuevo partido único de los católicos.

El engarce de la Iglesia con la Liga ha seguido dos trayectorias: por abajo a través de los párrocos, que nunca cesaron de dialogar con los fieles filoliguistas sobre la base de que compartían las mismas orientaciones fundamentales (familismo, localismo, productivismo interclasista). Por arriba, en la elaboración culta, pescando en el filón anticentralista y antiestatalista, proponiendo una versión católica de federalismo y, sobre todo, insistiendo en el principio de «subsidiariedad», utilizado como piedra angular para restablecer un vínculo con la sociedad valorizando su autonomía, en consonancia con los impul-

sos autorganizativos de la Liga, dejando para las instancias superiores sólo lo que no puede resolverse en la comunidad local (que cada cual se las arregle en su casa y haga caridad con lo que le sobra).

En sustancia la Iglesia, huérfana de su partido, trató de domesticar a la Liga manteniendo intacta una desconfianza de fondo y, por lo tanto, sin apostar por ella pero tratando de desactivar el peligroso artefacto aparecido en su camino.

Mucho más disponible, tras los anatemas iniciales, se mostró en cambio la «*inteligentsia* laica», que creyó ver en la Liga el enésimo vector de modernización para la sociedad y la política italiana. No pocos observadores pensaron poder identificar en la Liga al partido ganador, nacido de la combinación inédita de viejo y nuevo, y en cualquier caso una fuerza organizada capaz de imponer sus objetivos, reconfirmando a través de una demoledora acción antisistema la primacía de la política.

Analistas neutrales, críticos y simpatizantes comparten este marco de referencia y construyen una representación que resulta cada vez más desplazada con respecto a la dinámica de los acontecimientos. En realidad la Liga, pese a ser la única verdadera novedad política del panorama italiano de estos años, no está absolutamente en condiciones de volver a proponer una primacía de la política, y ni siquiera la desea. No en balde ha debido moverse cada vez más en el terreno del «liberalismo económico», ensalzando el libre mercado y su extensión a todos los ámbitos de la vida para mantener las relaciones con sus electores y ampliar su consenso.

Adoptando como principal blanco que hay que abatir el Estado social (saqueado y desbarajustado por los partidos), la Liga ha dado cuerpo, en la única parte del país que podía permitírselo, al neoconservadurismo, triunfante en los principales países industriales desde finales de los años setenta, y que inspiró la acción del Gobierno Amato y del Gobierno Ciampi, autonomizados por la presión de los intereses clientelares gestionados por las mafias de los negocios y los partidos.

La Liga representa, pues, la versión italiana, nordista, del neoconservadurismo internacional, una especie de nueva «sublevación de los ricos contra los pobres» (Max Frisch) que se propone como único objetivo, al cual debe subordinarse todo, el funcionamiento de la máquina económica, erigido en valor supremo y base de todo vínculo social. Con tal fin la receta del neoconservadurismo propone dosis

variables de dos únicos ingredientes: liberalismo económico y decisionismo. A su vez, el credo liguista se resume hoy en dos eslóganes: liberalismo económico y federalismo. Si éstos se realizan, la Liga promete desaparecer, pues su existencia carecería ya de sentido, no será necesaria la política cuando se hayan eliminado los obstáculos al libre y natural despliegue de lo existente.

La eliminación del conflicto y, por ende, de la necesidad de la política es seguramente un objetivo relevante para la Liga y para toda la derecha italiana vencedora en las últimas elecciones, pero eso no quiere decir que desaparezca la necesidad de investidura simbólica, sino muy al contrario. En una composición social cumplidamente materialista, unificada por el dinero y el consumo, la hegemonía cultural, y por ende política, no la conquista quien propone un Gobierno de la sociedad basado en el cálculo racional de los intereses, sino quien trabaja sobre lo imaginario, sea en clave premoderna (restauración de la comunidad territorial), sea exaltando la comunidad virtual que se congrega en torno a rituales televisivos y mediáticos. En ambos casos la oferta política actúa predominantemente en clave emocional, lo cual, según muchos, ha permitido la victoria de la derecha sobre una izquierda más bien gris³.

La Liga se ha abultado con consensos, ha entrado en sintonía con vastos sectores de la sociedad italiana prometiendo realizar las promesas contenidas, explícita o implícitamente, en el liberalismo económico y en el federalismo, pero en ambos casos tropieza con obstáculos insuperables y demuestra no ser un actor político ganador sino un contenedor de la disgregación, la forma que en Italia ha servido para dar visibilidad a una específica patología social de la modernidad tardía.

En el terreno del libre capitalismo la Liga trata de mimar a la organización empresarial; para hacerse atractiva ante sus afiliados y electores se presenta como una «sociedad anónima», en la cual los socios ordinarios poseen las cuotas mientras que los socios fundadores, sobre bases familiares como en la tradición del capitalismo italiano, controlan el paquete mayoritario, quien se afilia hace una inversión con la esperanza de obtener beneficios, etc. No obstante, en este terreno la Liga no logra vencer la competencia de Berlusconi, dueño de

³ efr. por ejemplo BERSELLI, E., «La maechina hipolare», en *Il Mulino*, núm. 2, 1994, p. 262.

la Fininvest y jefe de Forza Italia; en este caso no es un partido que se propone convertirse en empresa, sino una empresa que se convierte en un partido.

Una empresa política que realiza la transformación del Estado preconizada por el neoliberalismo, aunque radicalizando sus contenidos. En efecto, la Liga sigue siendo un partido en sentido tradicional, que se propone que el Estado resulte funcional para el desarrollo de las empresas privadas, ensanchando el campo de acción de éstas a sectores como la sanidad, la seguridad social y la escuela, hasta ahora gestionados por empresas estatales. En la filosofía de Forza Italia, en cambio, lo que se privatiza es el propio Estado. La Liga propone un Estado reducido a la mínima expresión, tanto en lo social como en lo económico, en la cultura como en la información, pero no puede llegar adonde Berlusconi ya negó hace tiempo, sometiendo la política a la economía. Precisamente como heredero directo de la cultura de los años ochenta, el jefe de la Fininvest -con sus socios notorios u ocultos- ha demostrado ya a los italianos, quienes le premiaron por ello, que la economía puede absorber a la política y los partidos políticos pueden utilizarse para hacer negocios, y que lo mismo ocurre con cualquier otra organización legal e ilegal.

En Italia tanto la izquierda como la derecha llevan tiempo proclamando que si el Estado quiere modernizarse debe convertirse en una empresa. Así las cosas, nadie posee más títulos que Berlusconi para dirigirlo; éste ha creado la empresa más moderna del país, basada en el ciclo continuo de producción y consumo de lo imaginario, totalmente inútil y, por ende, sumamente importante, plagada de deudas y, por ende, extraordinariamente rentable.

La Liga, desplazándose cada vez más sobre el terreno al cual se aferra su base social, el del sueño de la consolidación ilimitada del capitalismo, se ha expuesto a la competencia y a la recuperación, prontamente realizada por Forza Italia. En ese momento trató de jugar la carta estratégica del federalismo, cuya marca de fábrica creían tener, pero hubo de constatar que en Italia «todos» se han vuelto de golpe federalistas, robándole el monopolio de la reescritura de la forma-Estado.

El federalismo se ha convertido en mercancía de cambio en las negociaciones entre los ganadores, los postfascistas lo aceptaron a cambio del presidencialismo, mientras que la reforma de la Constitución se utilizó como instrumento para legalizar el reparto íntegro

del botón: ¡todos los cargos públicos para la mayoría de Gobierno, para realizar los dictámenes de la liberaldemocracia!

La Constitución, cuyos principios fundamentales no se han llevado a la práctica, puede ahora verse anulada, la mayoría hará con ella lo que quiera, como teoriza el ex liguista schmittiano Gianfranco Miglio, ideólogo de la extinción del Estado nacional a través de la secesión de las regiones ricas. En realidad la Liga nunca elaboró un proyecto federalista, prefiriendo utilizar el federalismo como una amenaza y un chantaje, lo cual explica sus oscilaciones entre el simple regionalismo y el confederalismo más exagerado, así como la indeterminación de las futuras entidades postnacionales (tres, ocho, doce, según las ocasiones).

Federalismo, exactamente igual que liberalismo económico, equivale a transcripción de los procesos económicos objetivos, o que aparecen como tales en el imaginario del pueblo liguista. En primer lugar, pues, separación, superioridad, diversidad del norte del resto del país, que lo explota y se adueña parasitariamente de sus recursos. Esta idea está sintetizada en el llamado federalismo fiscal, una monstruosidad conceptual que ha tenido gran éxito porque expresa a un tiempo la obsesión con el fisco y el carácter absolutamente central de la dimensión económica incluso en un tema de índole institucional.

Llegada a la meta de su trayectoria política, arribada al Gobierno del país, la Liga no tiene nada nuevo que proponer con respecto al viejo «nordismo» del cual había partido a finales de los años setenta. Aunque creció desmesuradamente, la Liga no ha cambiado en lo esencial, siendo así que la sociedad ha cambiado totalmente, llegando a resultados incluso postliguistas (como parece indicar el éxito de un movimiento político puramente virtual como Forza Italia).

Para captar la fisonomía y la fenomenología de movimientos como la Liga y Forza Italia no es decisivo analizar los programas, las formas de organización, la demanda que satisfacen o la oferta que proponen a los electores; se trata seguramente de teselas importantes, pero para poderlas organizar es preciso desplazar el foco de la atención hacia dinámicas históricas de más amplio alcance, ante todo a los procesos sociales y culturales, únicos que nos proporcionan un contexto en el cual colocar las manifestaciones aisladas de la lucha por el poder.

Así, un dato específico, como la capacidad demostrada por Berlusconi para mermar el consenso de la Liga, resulta un valioso indi-

cio para remontarnos al común trasfondo social y cultural de ambas formaciones. En apariencia no hay nada más distinto que la Liga y Forza Italia; piénsese sólo en las modalidades contrarias de su arraigo, todo desde abajo, de las periferias, contra los *mass media* y la sociedad del espectáculo en el caso del liguismo, todo hipertecnológico, virtual, mediático, en el caso del movimiento televisivo de Berlusconi.

y sin embargo, el liguismo sería inconcebible sin el trabajo de «aculturación» desarrollado por el duopolio televisivo RAI-Fininvest y por la victoria conseguida ya en los años ochenta por el modelo cultural propuesto por la televisión de Berlusconi. Localismo, etnicismo, populismo y cuanto se ha dicho sobre las Ligas sólo cobra sentido si se lo enlaza con la cultura de masas que ha triunfado a través del medio televisual y de su uso específico en nuestro país. Esta dimensión se amalgama con un trasfondo social caracterizado por el paso de la pequeña y mediana empresa de los márgenes al centro, acompañado por la proliferación del trabajo autónomo.

Sobre este fondo cabe entender la receptividad delliguismo a los cantos de sirena de Forza Italia; cuando la Liga se muestra incapaz de realizar su objetivo fundamental (separación del norte del resto del país, consensuada o impuesta, en forma federal, confederal o disolutiva) queda enteramente expuesta a la competencia de Forza Italia y, en el futuro, de otras formaciones políticas (incluida la propia Alianza Nacional). En lo inmediato, en efecto, predomina que ambos movimientos comparten la hostilidad hacia la política, y en este terreno Berlusconi puede satisfacer mejor que Bossi las instancias «impolíticas» que emergen en la sociedad italiana; pero, con cierta perspectiva, la política recobrará su papel, así como la gestión del Estado, y nada indica que la derecha (o sea Alianza Nacional) esté destinada simplemente a representar los intereses perdedores del sur; seguramente tratará de sentar las bases de masas para un decisionismo gubernamental frente al enésimo fracaso en salsa *kitsch* del sueño «renacentista» de los modernizadores itálicos.

En cualquier caso, para un pronóstico sobre los acontecimientos futuros hay que tener presente, aparte todas las diferencias políticas y culturales, el que el norte se ha expresado masivamente en favor de la Liga y de Forza Italia, lo cual puede hacer irreversible una deriva injertada en una fractura histórica que siempre ha estado abierta. En el norte de Italia el preponderante peso electoral de la Liga y Forza Italia («polo de las libertades») puede medirse por el hecho de

que ambos partidos-movimientos ocupan los dos primeros lugares. Por otra parte, en tercer lugar no se sitúa siempre el PDS (ex PCI), asediado por el PPI (ex DC), los siguen los postfascistas de la Alianza Nacional (ex MSI), más o menos a la par con Refundación Comunista. E incluso entre las formaciones menores cabe observar cómo la lista personal del radical Pannella, aliado con el «polo de las libertades», supera netamente tanto a los «Verdes» como a «La Rete».

En las regiones septentrionales, el hundimiento (y la desaparición) de los partidos que gobernaron el país desde el final de la guerra hasta hoy no ha dado paso a una consolidación de la izquierda, que, por el contrario, también ha sido arrollada por completo. Es preciso, en efecto, tener presente que la victoria global de la derecha resulta atemperada por los resultados de las regiones centromeridionales donde, por lo demás, los ex misinos, aliados con Forza Italia, han obtenido resultados superiores a los de cualquier otro partido de inspiración histórica fascista presente en la escena europea.

El norte, con su peso preponderante desde cualquier punto de vista, se ha separado de hecho del resto del país; el resultado electoral traduce y hace visibles unos procesos socioeconómicos divergentes, reforzando viejas y nuevas constantes de la historia italiana 4.

Las dimensiones de la derrota son tales que dejan fuera de juego a los partidos de la izquierda, y las dos opciones presentes son la «federalista» de la Liga y la «nacionalista» de Alianza Nacional.

Berlusconi, detrás del cual se han reciclado las capas político-especuladoras tradicionales, desempeña el papel de pegamento de la unidad nacional y de jefe de una coalición seguramente heterogénea pero compacta en torno al objetivo de «arramblar con todo». Aun antes de las elecciones existía un acuerdo general sobre el hecho de que Italia estaba pasando de la Primera República, basada en la Constitución antifascista, a la Segunda República, basada en la demolición del régimen de partidos, la llamada «revolución italiana». Cabe decir

⁴ En tal sentido véanse las tesis de Hobert Putnam (y de sus colaboradores) en *La tradizione civica nelle regioni italiane*, Milán 1993; una especie de fundación histórico-cultural del insuperable dualismo norte-sur. El libro de Putnam se ha visto, no obstante, rápidamente «superado» por el éxito de Forza Italia, pero se presta aún a una utilización dentro de la óptica federalista, suministrando elementos para una retórica cívico-democrática. Una crítica concreta de las argumentaciones del politólogo americano la ha desarrollado Lupo, S., «Usi e abusi del passato. Le radici de l'Italia di Putnam», en *Meridiana*, núm. 18, 1993.

que tal tránsito se ha producido, pero nadie sabe sobre qué pacto constitucional se sostiene el nuevo Estado, hegemonizado por la nueva derecha política y social.

Resulta singular que aun cuando los más destacados comentaristas hayan recurrido insistentemente al concepto de «revolución italiana», nadie lo haya relacionado con el ajustado análisis gramsciano de la «revolución pasiva»⁵. Y sin embargo, los supuestos se dan todos, hasta el punto de que parece que nos hallamos ante un uso inconsciente del esquema interpretativo elaborado por el político y pensador comunista, sin querer infravalorar con ello la diferencia derivada de la falta del elemento fascista. Piénsese en la argumentación desarrollada por el estratega y politólogo estadounidense Edward Luttwak en un artículo que muchos consideran una especie de reconocimiento semioficial de la plena confianza del Gobierno americano en la Liga. «Parece que, tras haber inventado muchas otras cosas en política (...) los italianos hayan inventado ahora una forma de revolución no violenta, que está eliminando con medios puramente legales a una entera clase política». «Vistas antaño como racistas, reaccionarias y estériles, a las Ligas se les reconoce crecientemente el papel de libertadoras de Italia del centralismo de la era fascista, perpetuado con el consenso católico-comunista. De este modo se han convertido en auténticos organismos revolucionarios de Italia, junto con los magistrados, que están demoliendo la oligarquía de los déspotas de partido, de los magnates sin ley y de los padrinos»⁶.

Aparte los procesos de cancelación puestos en práctica por el segundo 89, es probable que las resistencias a utilizar la categoría de «revolución pasiva» para describir los procesos de transformación real y sustancial continuidad desarrollados en el curso de los dos últimos años, se deban a la incapacidad del liguismo para cerrar la fase de movimiento y darle una salida concreta. Y, como es sabido, el cierre de una revolución no es menos crucial que su estallido; más aún, requiere un poco más de artificialismo político, cosa del todo ajena a

⁵ Sobre el intenso trabajo gramsciano en torno al núcleo de la «revolución pasiva» véase la reciente contribución de BURGIO, A., «Complessita, contraddizione e dialettica. Sull'analisi del fascismo nei Quaderni del carcere», en VV. AA., *L'impegno della ragione. Per Emilio Agazzi*, Milán, 1994.

⁶ LUTTWAK, E., «Da Yankee vi spiego la Rivoluzione italiana», en *L'Espresso* del 22 de agosto de 1993.

la Liga, que siempre se ha entregado al más puro posibilismo, incluso en el tema del diseño federal del Estado.

El milagro 10 realizan en cambio Berlusconi y su Forza Italia, en cuanto expresión de un liguismo de rango superior, en el que se produce la identificación inmediata entre el sujeto económico dominante y el sujeto político que gobierna, y de tal modo la hegemonía tiene un sólido fundamento económico (y en este caso concreto también tecnológico) y puede ejercerse no sólo sobre una parte del país sino sobre la mayoría de la población.

Carece de importancia que se mantenga o no la promesa electoral de un millón de «puestos» de trabajo: «lo que importa política e ideológicamente es que (ésta) puede tener y realmente tiene la virtud de prestarse a crear un período de expectativas y esperanzas, especialmente en ciertos grupos sociales italianos, como la gran masa de pequeños burgueses urbanos y rurales, y mantener por tanto el sistema hegemónico y las fuerzas coercitivas militares y civiles a disposición de las clases dirigentes tradicionales» ⁷.

Con la llegada a la presidencia de Berlusconi el ciclo de movimiento de la «revolución italiana» concluye, el Gobierno opera como un partido y se sitúa «por encima de los partidos, no para armonizar los intereses y la actividad en los marcos permanentes de la vida y los intereses estatales nacionales, sino para disgregarlos, para apartarlos de las grandes masas y tener una fuerza de gente sin partido ligada al Gobierno con vínculos paternalistas de tipo bonapartista-cesáreo» ⁸.

La gran victoria electoral de Forza Italia, un movimiento que pareció surgir por arte de magia, se injerta en la revolución judicial y le da una salida política, y así todo el sistema vuelve a la normalidad y la decapitación de la clase política concluye con el reforzamiento de la clase dominante. La televisión ha sido el instrumento moderno de esta inédita «revolución pasiva», pero el supuesto es el mismo descrito por Gramsci: «... escasez de estadistas, de hombres de Gobierno, miseria de la vida parlamentaria, facilidad para disgregar los partidos, corrompiendo y absorbiendo a unos cuantos hombres indispensables... Miseria de la vida cultural y mezquina estrechez de la alta

⁷ GRAMSCI, A., *Quaderni deL carcere*, Turín, 1975, vol. N, p. 1228.

⁸ GRAMSCI, A., *Quaderni deL carcere*,... vol. 1, p. 387.

Liguismo y postliguismo

cultura... el día a día, con sus facciosidades y sus choques personalistas, en vez de una política seria» 9.

El PDS, principal fuerza de oposición, trató repetidamente en el curso de los primeros años noventa de establecer una relación política con la Liga. Esta atención se manifestó en dos fases muy distintas. En la primera se valorizaba la Liga como instrumento para demoler la centralidad democrática, paso indispensable para llegar a la «normalización» del sistema político italiano. La DC, en efecto, se desangró, pero la construcción de un sistema bipolar tuvo como desenlace la derrota de la izquierda y el delinarse de un nuevo centro potencialmente hegemónico en torno a Forza Italia.

En la segunda fase, todavía abierta, el PDS se presenta aún como interlocutor privilegiado de la Liga, hallando en el federalismo un terreno de común encuentro contra la cultura nacionalista y el centralismo decisionista encarnados por Fini y Berlusconi. El objetivo del PDS es ahondar las divisiones en el interior del «polo de las libertades», estableciendo un eje privilegiado con el movimiento de Bossi, necesitado de oxígeno desde que penetró en las estancias de la política «romana». No obstante, el terreno del federalismo, a despecho de sus nobles ancestros, es un terreno resbaladizo, lleno de trampas y escotillones. El propio «Bossi lo utiliza hoy con un designio exclusivamente táctico que lo degrada a mero expediente dilatorio» 10; por lo demás, la Liga nunca ha desarrollado una elaboración política en torno al tema de la reescritura de la forma-Estado conforme a principios federalistas, contentándose con usar instrumentalmente las provocaciones de Miglio y las pulsiones de la base para un sistema fiscal autocentrado (y reducido al mínimo).

No menos indefinida es la propuesta federalista del PDS: la versión más propagada no es sino una forma de regionalismo más o menos llevado al extremo 11, pero los últimos resultados electorales, gracias a la adopción del sistema mayoritario, han alimentado dinámicas territorializantes, por lo cual no hay que infravalorar la tentación de un federalismo «de izquierdas» que haga hincapié en un

9 GRAMSCI, A., *Quaderni del carcere*, vol. I, p. 387.

10 LUNA, G. DE, «Ciascuno a casa propria, tutti in ordine gerarchico», en *Il Manifesto*, 10 de abril de 1994.

11 Cfr. BRAMBILLA, C., «Ecco il federalismo delle "regioni rosse"», en *L'Unità*, 9 de octubre de 1993.

reparto geográfico de las zonas de influencia. Dentro de esta perspectiva la Liga se convierte, con mayor motivo, en un interlocutor al que hay que valorar sobre la base de una convergencia objetiva de intereses.

Con respecto a las elaboraciones ideológicas, cada vez más reversibles, lo que cuenta es el peso material de una efectiva «regionalización» de los dos *partners*: la Liga se ha mostrado incapaz de superar las fronteras del norte, el PDS se ha quedado reducido a algunas regiones del centro. El federalismo se convierte, pues, en un recurso para poner remedio a la doble debilidad de los dos enemigos-aliados ¹².

El debate sobre el federalismo, al cual se ha convertido de golpe toda una clase política, es confuso y del todo ajeno al sentir común de la población, masivamente despolitizada; incluso en el norte suscita cierto entusiasmo la separación, pero no desde luego una federación o confederación de confines totalmente indeterminados. El único designio federalista con un mínimo de coherencia que ha aparecido es el neoeétnico, que prevé la liberación de los diversos «pueblos» de la península, guiados por los «pueblos del norte»: un embrollo entre grotesco e inquietante que refleja bien la regresión intelectual de este país.

La Liga Norte ha sido seguramente la fuerza que desarrolló 10 principal de la obra de demolición del viejo ordenamiento político, recogiendo y canalizando los impulsos provenientes de la sociedad. Es natural, pues, que esta fase histórica lleve la huella de las opciones fundamentales expresadas por elliguismo: fe incondicional en el mercado y el desarrollo, credo ideológico en el capitalismo al alcance de todos, miedo a perder los beneficios materiales acumulados, racismo diferencialista como brújula para orientarse en el mundo. Desgraciadamente estos «valores» no son sintetizables en un proyecto político coherente; por lo demás, el máximo de proyecto explícito al que llega la Liga es la eliminación de todos los obstáculos que impiden que se despliegue la potencialidad del norte («seremos los más ricos del mundo», como dice Bossi y como piensan muchos del *Polo delle liberta*).

¹² El debate televisivo entre Bossi y Occhetto tras la gran manifestación de antifascismo militante del 25 de abril de 1994 en Milán nos parece emblemático de los niveles de separación e incomunicabilidad en que se sitúan los comportamientos de la base con respecto a las representaciones de los vértices.

Liguismo y postliguismo

En los últimos meses, en sustancia tras las elecciones administrativas del otoño de 1993, la imagen y el protagonismo de la Liga se han empañado; cabe decir que el nuevo ciclo político lleva el *imprinting* del liguismo sin que la Liga tenga capacidad para imponer su hegemonía. La Liga ha sido reabsorbida por el sistema al participar en el Gobierno con Alianza Nacional, de quien es *magna pars* el MSI, o «lo peor de la vieja política» (D. Bossi), formación que más que ninguna otra se identifica con el estatalismo y el nacionalismo. El encuentro táctico con los enemigos postfascistas puede empero ser presentado, y ante todo al pueblo liguista, como enésima prueba de la habilidad maniobrera del «jefe de los lombardos» (a quien incluso desde la izquierda se mira con gran apertura y expectativa).

La conflictiva alianza de los federalistas con los nacionalistas reazaría, en efecto, la división geográfica del trabajo preconizada por Miglio, en términos por lo demás impresentables ante la opinión pública (sobre todo la internacional): el norte de Italia para la Liga, el sur para la mafia.

Si AN se hace cargo de la representación «de Roma para abajo», entonces se puede, y hasta se debe, hallar un terreno de encuentro con el MSI refundado, porque nos situamos directamente en el terreno del federalismo, de un solo golpe se sientan las bases para la República del Norte (Padania) y la República del Sur (Mediterránea): en cuanto a Etruria, resultará por diferencia y por la disponibilidad del mayor partido de oposición¹³. En este supuesto la Liga habría realizado una vez más una obra maestra política, según el código interpretativo adoptado por los *mass media* (después de los años del boicot). Las cosas, sin embargo, han marchado de distinta manera, y la Liga no sólo ha debido entenderse con Fini, sino someterse a la hegemonía política de Berlusconi, y ello antes de que los resultados electorales sancionasen la diferencia de consenso entre la Liga y Forza Italia.

La tesis de una plena reabsorción de la Liga dentro de los raíles de la vieja política, como fuerza complementaria de un Gobierno de derechas, cuyo programa llevaba ya escrito por lo menos tres lustros, viene sancionada por la paradójica amalgama entre el movimiento

¹³ El texto de la Constitución Federal provisional presentado en el Congreso de la Liga Lombarda de Assago (11 Y12 de diciembre de 1993) se puede leer en *Il Corriere de La Sera* del 12 de diciembre de 1993.

antisistema que desencadenó y dio voz a la «revolución italiana» y el representante emblemático de la Italia de los años ochenta, con su entrelazamiento inextricable de política y negocios, cultura de masas y secretos de Estado.

Cabe entonces preguntarse legítimamente por qué el movimiento de Bossi ha entrado en una coalición que lo penaliza a nivel de imagen al tiempo que merma su base de consenso. Es éste, en efecto, el interrogante que inspira a muchos observadores, convencidos de la diferencia genética entre la Liga y sus aliados; estos observadores permanecen, pues, a la espera de que se manifieste una ruptura tenida por inevitable. Se trata de un punto crucial que aquí interesa no por sus implicaciones políticas, sino porque revela la persistencia de una clara diferencia de valoraciones sobre la índole, la inserción y las finalidades delliguismo italiano a quince años de su aparición ¹⁴. Este único hecho parecería confirmar la autorrepresentación que la Liga siempre ha dado de sí misma: un movimiento que no es insertable en el eje derecha-izquierda ni en cualquier caso en las coordenadas de la vieja geografía política.

El aserto liguista es un importante indicador para dar una inserción histórica no contingente al movimiento de Bossi y a lo que ha hallado expresión a través de él: no una protesta efímera o un fundamentalismo sectario, sino «una adhesión naturalista a lo existente en la época de la tardía modernidad» ¹⁵.

Sin embargo, la Liga no es sólo una manifestación de la disolución de la política y el Estado bajo los golpes de la naturalización de la economía, es asimismo un específico actor político que persigue objetivos concretos y del todo indiferente a diagnósticos y pronósticos intelectuales sobre el significado metapolítico de su acción. Conviene, pues, examinar sus opciones sin salir del terreno de la inmediatez. Con esta óptica, el motivo de la «extraña alianza» es muy lineal: la Liga se ha fijado siempre como objetivo llegar al Gobierno, con la convicción de ser la fuerza política en la que la sociedad se refleja a sí misma, un instrumento para dar forma a las instancias que ema-

¹⁴ Para un primer acercamiento a la historia de las Ligas véase DIAMANTI, I., *La Lega. Geografia, storia e socioLogia di un nuovo soggetto politico*, Roma, 1993, pp. 43 Y ss., Y LUNA, G. DE (ed.), *FigLi di un benessere minore. La Lega 1979-1993*, Florencia, 1994, pp. 43 Y ss.

¹⁵ EFF. POGGIO, P. P., «Il naturalismo sociale e la ideologia deHa Lega», en LUNA, G. DE, *op. cit.*, p. 187.

nan de la parte sana de la nación: así, el federalismo debe ser integral, porque en él hallarán modo de expresarse plenamente tanto el etnicismo cuanto el liberalismo económico, y si se pone el acento en este último se debe a que el federalismo se podrá realizar concretamente sólo en cuanto transcripción de la geografía productiva del país, en el marco de la competición global, es decir de la generalización del libre mercado.

En la ideología de la Liga la llegada al Gobierno coincide con la realización de sus objetivos, y por eso Bossi siempre se ha mostrado proclive a todo tipo de alianzas (al igual que en la Liga se pueden encontrar retazos de todas las culturas políticas), o bien a cambiar de línea de un día para otro con tal de llegar al Gobierno, y ello no por oportunismo o ambición, sino porque la Liga se autorrepresenta como la única verdadera expresión de la sociedad (depurada de lo que carece de títulos para formar de veras parte de ella), y, por lo tanto, ¿cómo es posible excluir aún a la sociedad del Gobierno de sí misma? Eso equivaldría a perpetuar la conjura partidocrática.

El encuentro con Berlusconi y Fini debe colocarse sobre este fondo, y aunque por el momento las razones de la política estén penalizando el enfoque liguista con su fundamentalismo impolítico, hay que tener en cuenta que precisamente la hostilidad contra la política es el pegamento principal de la coalición, el referente de toda la base social que vota por los tres aliados competidores. El decisionismo empresarial de Berlusconi despliega una función retórica y expresa en realidad una aceleración del proceso de reabsorción de lo político en lo económico, de lo público en lo privado.

El camino queda abierto para una ulterior disgregación social y para la experimentación de un ordenamiento anarco-capitalista. En vez de la realización de la «poliarquía» se corre el riesgo de la «policracia»; por el momento, más prosaicamente, se «privatiza» la economía pública y el Estado social en beneficio de las oligarquías financieras transnacionales.

No es la última de las paradojas de la situación italiana el que el reverso de la «revolución» de los pequeños capitalistas, representados por la Liga y por Forza Italia, sea una concentración sin precedentes del capital bancario, financiero e industrial ¹⁶. Puede que ello

¹⁶ Cfr. HACOZZINO, G., «L'imbonitore e la grande galassia del nord», en *Il Manifesto* del 1 de mayo de 1994.

sea el preludio de un ulterior ajuste de cuentas entre los principales centros de poder internos e internacionales, o bien que prevalezca la oportunidad de una división del trabajo, en especial frente al aumento de la desocupación estructural y a los costos sociales que habrán de pagar las capas más débiles. En cualquier caso, los resultados políticos a los que ha llegado la «revolución» italiana demuestran la inconsistencia de los análisis que privilegiaron una lectura antisistema, populista o incluso anticapitalista del liguismo. La permeabilidad de su electorado a Forza Italia es prueba inexpugnable de que la «diversidad» de la Liga funciona sólo cuando hace operativa su implantación neoétnica.

La consolidación de la Liga primero, y después la transición a la Segunda República bajo la guía de Berlusconi, han sancionado políticamente la incontrastable hegemonía cultural del capitalismo, con la desaparición del antagonismo social. En el presente estado de cosas sólo cabe oponer la convicción, o si se prefiere la certeza, de que la confianza en la «naturalidad» del capitalismo no resuelve nada y es expresión de una derrota de la razón y de la dignidad, precursora de una ulterior degradación, bajo el signo de la servidumbre voluntaria.

Traducción: Esther Benítez